

Camilo Branchi

Así habló Mister Nature (1)

(LA VIDA Y EL HOMBRE DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA NATURALEZA)



SUCEDIO cuando era profesor en Buenos Aires. La aventura es tan extraña y dramática y tiene tal significado filosófico y científico que a algunos les costará creerla. Sin embargo es auténtica. Que se crea o no se crea, a mí no me importa. Es suficiente que la crea yo, yo que la he vivido.

Sucedió hace pocos años y precisamente en la noche del 2 de noviembre. Volvía a Santiago desde Mendoza y, a causa de la interrupción del Ferrocarril Transandino, había alquilado con otros dos pasajeros un auto para llegar a la puesta del sol a Portillo, límite donde empezaba el convoy chileno. Ni siquiera sospechaba que fuese la noche de los Muertos, como vine a saberlo después. Nos detuvimos en Puente del Inca para comer, de modo que salimos con bastante atraso. Mis compañeros habían hecho una ruidosa amistad con el chofer bajo la influencia de tres botellas de vino blanco— amistad que consideré peligrosa cuando llegamos a los pies del Cristo Redentor frente a los precipicios de ese pintoresco pero pé-

(1) Conferencia dictada en el Salón de Honor de la Universidad de Concepción el 23 de agosto de 1951.

simo camino y me atreví, por esto, a pedir el volante para conducir el coche yo mismo. ¡Nunca lo hubiera hecho! El chofer, borracho y ofendido, se desató en insultos apoyado por mis dos compañeros. Abreviando, descendí del coche prefiriendo continuar a pie antes de correr el riesgo de un accidente. Vi el auto zigzaguear hasta la vuelta de la carretera y me encontré solo en la cumbre envuelta en el crepúsculo a cuatro mil metros de altura, entre el Cristo Redentor y el amenazante macizo del Aconcagua.

La filosofía me ha enseñado a esperar con calma los acontecimientos porque éstos llegan aun cuando no se les salga al encuentro. ¿Pero mientras tanto qué podía hacer? ¿Sentarme y esperar que pasara un auto o caminar para ahuyentar el frío? ¿Ir adelante o volver atrás? ¿No podría hallar una choza en esa solitaria región?

La noche caía oscura. Las nubes se habían pegado a la cumbre y el viento impetuoso las arrastraba, despedazándose, a través del Paso.

—¡Adelante!—me dije en voz alta para darme valor. Me impuse de contar hasta diez mil convencido que encontraría un refugio durante la numeración y con el bolsón a bandolera seguí la carretera que mira al Pacífico. Uno... dos... tres... y así contando caminé, caminé, caminé tratando de no perder el camino. Neviscaba. En cierto momento vi todo blanco y me encontré perdido entre las rocas. Seguí un sendero—atravesé un bosque, pasé un puente y, por último, tras una reja, pisé el maicillo de una avenida y divisé en un claro una gran mancha negra. Precisamente en este instante un rayo de luna irrumpió por entre las nubes y la mancha se transformó en un macizo y torreado palacete, estilo egipcio. Estaba ya acabando con el número diez mil cuando tres toques se desprendieron de la campana de la torrecilla. Como respuesta retumbaron los ladrillos de un mastín. Simultáneamente la puerta del palacete se abrió de par en par y una persona arrebujaada se asomó gritando:

—¡A la cama, Caronte! ¿No ves que es un filósofo? ¡y un filósofo es siempre inocuo si no emplea la lengua!—después, dirigiéndose a mí, prosiguió con voz festiva: —¡Entrad! Os esperaba.

No me interesa conocerlos. Para mí sois el hombre; un hombre que vaga de noche, un filósofo crepuscular, un señor X cualquiera. Desde luego mi castillo es vuestro: os ofrezco un tibio refugio hasta que alborée el día.

Me fregué los ojos para ver si soñaba. No soñaba: estaba despierto. ¿Qué habrían hecho ustedes? Pues bien, yo hice lo mismo: entré siguiendo a mi huésped y mascullando un agradecimiento. Atravesamos un austero salón en la semiluz que venía de los altos, subimos una marmórea escalera donde una inscripción atrajo mi atención. Decía sibilamente: "*¡Sea el piso de arriba tu piso más bajo!*" Arriba todo se iluminó de luz azulada y vi una magnífica y grande sala desde cuya bóveda celeste un sinnúmero de estrellitas lucían como puntos fosforescentes. Con la luz descendía una débil y dulce melopeya como de viento que murmulla entre los árboles de una floresta. Al fondo se veía una amplia chimenea en la que ardía el fuego y al frente, en posición opuesta, hallábanse dos enormes butacas separadas por una mesa donde sobresalía un rico servicio de licores.

Tuve al fin la oportunidad de observar a mi anfitrión. Era un anciano de noble aspecto, de perfil leonino, de ojos vivacísimos, sobre cuya amplia frente se elevaba una cabellera azuleja coronada por debajo por una hermosa barba del mismo color. Singular era su indumentaria una blanca toga abundante en pliegues, sobre la que parecía fluir la luz azulada. Sin duda lo veía todo celeste por esa transparencia difusa.

—¡Sentaos y servíos sin cumplido!—me dijo con voz de bajo profundo—. Mis criados no pueden subir, los pobrecitos; ¡nacieron sin alas en la cabeza!—y estalló en una fragorosa risotada como si hubiese dicho un buen chiste.

Me incliné y traté de decir mi nombre, pero él me lo impidió poniéndome la mano delante de la boca. Entonces le pregunté:

—¿A quién tengo el honor de hablar?

—¿Cómo? ¿No me conocéis? Por toda la comarca me conocen como Mr. Nature, Señor del Aconcagua. Para vos Nature, simple-

mente—y levantando dos botellas de color rojo y verde, respectivamente, agregó: —En ésta hay mosto de uva; en esa otra clorofila fermentada. ¿Que preferís? ¿Mostos? Es de uva cordillerana. Y ahora acercaos y hablemos. ¡Llegastéis a tiempo; os esperaba!

—¿Me esperaba?—pregunté sorprendido.

—¿Qué? ¿Os extraña? Os esperaba porque sabía que vendrías. ¿Qué hay de raro? Claro que como hombre no podéis captar ciertas vibraciones como lo hacen, por ejemplo, las serpientes que sienten la aproximación de un ser de sangre caliente. El cerebro humano es poco sensible a las vibraciones radioactivas. Puedo quedarme aquí hasta el alba. Tenemos, por lo tanto, tres horas para conocernos. Como filósofo ¿qué tendencia tenéis?—y a este punto alumbró la pipa acompañando sus aspiraciones al compás de una irónica risotada.

—¡No tengo tendencia!—le dije con sequedad.

—¡Entonces tendréis un sistema! ¡No hay filósofo que no tenga un sistema!—y aquí sus carcajadas sobrepasaron lo soportable y tuve la impresión de que juzgaba a los filósofos como tantos arlequines, motivo por el cual me levanté resentido, pero me obligó cortésmente, aunque con un manotón enérgico, a volver a sentarme en la tibia y cómoda butaca.

—¡No os la déis de profesor!—me dijo guiñándome un ojo—. Aquí no hay estudiantes. Bebed un poco de clorofila y se os aclarará el intelecto. ¿No os dáis cuenta que tenéis una oportunidad única para adornar vuestra mente con auténtica cultura? ¿Queréis perder la ocasión? ¿Por qué me río? Me río precisamente de vos y de vuestros colegas, de vuestros estrambóticos sistemas, de vuestras extravagantes ideas, y os diré el por qué.

Ante tanta audacia me quedé perplejo, con la copa en alto en señal de protesta, pero luego la escancié en espera de otros insultos. Un buen filósofo sabe encajar los golpes como un buen boxeador.

—El bípedo humano—empezó Mr. Nature—es un ser terrestre y como tal no deja el suelo a pesar de que su pensamiento puede levantarlo hasta las nubes. Sin embargo, como la piedra lanzada en

alto así su pensamiento vuelve siempre a la tierra. Dejad el piso bajo en que vivís y por tres horas quedad conmigo en este piso superior, Señor X. Ahora que estáis aquí, mirad a vuestro rededor y observaréis sobre un horizonte más amplio vuestros colegas y sus sistemas. ¡Desde abajo veíais el barniz y no la mugre!

“La filosofía trata de explicar lo inexplicable. Para la naturaleza ella no existe: quien lo conoce todo no se devana los sesos con suposiciones. Para el hombre la filosofía es una mercadería de lujo que se acompaña con el ocio y mediante el cual trata de escudriñar los secretos de la naturaleza y los misterios del cosmos. La verdadera filosofía es la metafísica que es la rebusca, no de la verdad, que no existe, sino de la realidad siempre presente y siempre mutable, es, por fin, la búsqueda de la esencia, del origen y del objeto de la vida y del universo, en que se comprenden todas las cosas, los seres y los fenómenos. No la troquéis con la antroposofía. Excluimos, por lo tanto, la lógica, la ética y la estética que, tratando valores relativos como los justos, lo bueno y lo bello no son disciplinas objetivas y universales, sino guías teóricas y subjetivas del diario vivir.

“Desde el piso superior en el cual nos encontramos os será fácil ver las insuficiencias de vuestra filosofía metafísica, ver cómo habéis tratado de resolver los grandes problemas con ese yoismo congénito que os domina y del cual ni siquiera con la abstracción más etérea podéis libraros. El hombre es siempre hombre y sólo puede pensar como hombre, lo mismo que el pingüino que no puede pensar sino como pingüino. Sujeta a los movimientos siderales, a la dirección de la circulación de la sangre, a la orientación convencional de vuestro lenguaje y limitada a cinco sentidos rudimentarios, la mente humana sólo puede girar en un único sentido así que el pensamiento circula de tal manera que normal os parece hasta convenceros que no hay otro modo de pensar que ese. Os explicaréis así la incomprensión humana cuando interviene una lógica diferente: la incomprensión, por ejemplo, que retardó por siglos la aceptación del sistema heliocéntrico, y ahora la incomprensión que nubla las ideas einstenianas de la Relatividad. Así dudo que podáis com-

prenderme. De todos modos espero que la clorofila—que es radiación solar—os dé más agudeza mental.

Durante la pausa que siguió el noble anciano me fijó con insistencia para observar mi reacción, pero tranquilizado, prosiguió:

—Los grandes filósofos son, para vosotros, los creadores de los sistemas más populares, es decir los que han podido complacer las tendencias optimistas de la muchedumbre y alimentar la ilusión en los destinos del hombre. ¡Megalomanía, señor X! Nada indica que el hombre logrará la felicidad en un mañana más radioso que hoy sino vuestra fatua creencia—y por esta tan acariciada quimera habéis renegado los otros más sabios que, pesimistas por convicción más profunda, más se acercaron a la realidad. Y con esos olvidados filósofos hay otros grandísimos, pero desconocidos, que intuyeron los secretos de la naturaleza sin dejar nada escrito, ya sea para no alarmar a la humanidad ya sea por haber vislumbrado la “verdad” en la hora postrera de la vida.

“Y ahora finalmente podéis mirar a vuestros filósofos desde esta altura con mirada objetiva, y observaréis incrédulo la pobreza de sus ideas, la oscuridad de sus conceptos, la incoherencia de sus raciocinios, la escasez de su cultura positiva, la irracionalidad de su lógica y, en fin, las chocantes conclusiones a que llegan. Desde la objetividad de los filósofos presocráticos que indagaban la esencia de la materia os vinistéis acercando siempre más al subjetivismo hasta llegar a exaltar la idea como fuente de todas las creaciones, a elevar el hombre al nivel de Dios y a bajar a Dios al nivel del hombre, a admitir la existencia de lo inexistente, a negar el mundo exterior, y así—descendiendo por los peldaños de la introspección patológica—habéis oscurecido el faro de luz que alumbraba vuestro camino.

“Tenéis filósofos puros, filósofos-cientistas y científicos-filósofos: los primeros están fuera de su tiempo por falta de base científica y matemática; los segundos son los que no saben lo que dicen pero que buscan alguien que se lo pueda explicar; y los últimos son los que especulan con mentalidad más objetiva pero teórica. En general ninguno de ellos es sincero hacia sí mismo, debido a los frenos reli-

giosos, morales y políticos a que está sujeto. Hay existencialismo, intuicionismo, probabilismo, fenomenalismo, idealismo, neotomismo, pragmatismo y mil otros ismos los cuales, sin embargo, se reducen todos al mínimo común divisor del yoísmo. Puesto que la mente humana se excita por una innata impetuosidad agresiva así el pensamiento filosófico no surge de una serena meditación sino del espíritu de contradicción y de rivalidad, del conflicto dialéctico y racial de tal manera que encontramos usualmente, en la historia de la filosofía, una tendencia opuesta a la que anteriormente existía. Platón se burla de Demócrito, Aristóteles disiente de Platón, San Agustín vuelve al trascendentalismo hebraico, Santo Tomás retorna a Aristóteles, Descartes lo niega, Espinosa diviniza la materia, Berkeley la anula, Hume mata la razón, Kant desbarata la realidad, Voltaire ridiculiza la abstracción, Rousseau derrota la cultura, Comte liquida la metafísica, Spencer aniquila el idealismo, Bergson desploma el materialismo, y así unos en pos de otros destruyendo lo que el predecesor había creado. Y lo curioso es que cada uno de ellos muere convencido de haber dicho la última palabra en los problemas de la naturaleza y del más allá.

“Por cierto en todos vuestros filósofos falta la madurez mental y la experiencia de la vida. Crear sistemas antes de la vejez que representa la plenitud del cerebro—último órgano que evoluciona y muere en el cuerpo—es presunción de hombres prematuros. Todos los filósofos modernos tienen cierta obsesión mental: Kant admitiendo lo que desmiente; Schopenhauer con su voluntad cósmica; Bergson con su *élan vital*; Hegel con su dialéctica tripartita; Nietzsche con su superhombre; James con su practicismo; Russell con su lógica matemática; Sartre con su náusea y su angustia. No pocos demuestran falta de perspectiva y lagunas de cultura: Goethe desmiente a Newton afirmando que la luz blanca es más pura y simple que la coloreada y, como sabéis, la luz blanca no existe; Descartes afirma que la propagación de la luz es instantánea y Roemer, pocos años después, establece su velocidad; Comte niega la astronomía como ciencia aseverando que las estrellas siempre se verán como pequeños

puntos y pocos años más tarde Bunsen y Kirchhoff determinan los elementos químicos de los astros; y en el campo social ¿qué decir de Nietzsche y de Schopenhauer que tratan a la mujer como un animal de otra especie?

“Un sistema filosófico debe tener estructura geométrica, es decir, tener relación, proporción, continuidad, coordinación, interdependencia entre sus partes de tal modo que de una de ellas se pueda reconstruir el sistema entero como, en verdad, se nos presenta el universo. Vuestros sistemas son, al contrario, partes fraccionadas o mutiladas de pensamiento que quedan en el aire pero que nunca podrán juntarse en un sistema central; por consiguiente comprueban cuánto la mente humana es confusa, parcial y restringida. Su punto débil está en la síntesis precisamente porque la mente humana, irremisiblemente subjetiva, se pierde en la extensión, en el análisis, en la verborrea preocupándose sólo de los detalles.

—¿Entonces el hombre nunca podrá juzgarse objetivamente, es decir, con los ojos de la naturaleza?—le pregunté aprovechando su interrupción provocada por un imprevisto crepitar del fuego.

—El único gran sintetizador aparecido después de Aristarco y Demócrito fué Leonardo da Vinci, quien dejó escrito “*La leña alimenta el fuego que la consume*”. ¡He aquí en una frase tan sencilla, la síntesis de la vida!—y así diciendo el noble anciano se irguió pensativo, preguntándose luego: —¿Puede ser el hombre objetivo? Por supuesto que sí, pero cargado de años... cuanto más cerca está de su fin natural; entonces, si su mente se conserva lúcida y equilibrada, puede mirar hacia atrás y sacar sus conclusiones.

“Desde joven he invocado la vejez justamente porque intuía que sólo entonces podría pensar con libertad y suficiencia, y podría gozar de mis pensamientos en el cofre de mi cerebro—esos pensamientos que ahora son mis joyas y que nadie me puede quitar. En efecto, la metafísica es la filosofía de los cabellos blancos: se la estudia en la universidad cuando joven; se la medita superficialmente cuando hombre adulto; y vuelve a aparecer espontánea—más viva y presente—en la vejez, cuando los deseos sensuales no nublan más

la mente, cuando se siente próxima la suprema separación, cuando nos concentramos más en el pasado, cuando la carne nos revela su plena animalidad de su psíquico y depravado desahogo, cuando el prestigio de los grandes hombres decae y los bienes terrenales pierden de valor, cuando uno se siente una nada en la inmensidad del cosmos, y entonces, mientras que la conciencia se depura y las facultades mentales se hipersensibilizan, los obsesionantes “por que” retornan a golpear a la puerta de la mente en copiosa sucesión con nueva perspectiva y nueva interpretación.

“Y en el último y sabio recogimiento, frente a los despojos del pensamiento ajeno, no es la luz la que se hace sino la antiluz más negra que la más oscura tiniebla. ¿A qué sentirse yo, analizar el yo, exaltar el yo—nosotros: el ser y la especie—cuando ningún apetito nos estimula, ninguna ambición nos sonríe, ningún sueño de gloria nos empuja? Y la mente por largo tiempo probada en la especulación de los grandes problemas metafísicos, atiborrada de ideas y sistemas, repleta de ciencia y teorías, saturada de cálculos y experiencias, arroja todo en el saco del pasado y por vez primera, desde este piso superior, levanta la mirada libremente y con nuevas pupilas ve carente de misterio los senderos de la vida, y por vez **prime**ra observa desde lo alto y con nuevas pupilas ve el hormiguar de gentes y de mundos en sus verdaderas y justas dimensiones. Y entonces, sumergidos en el silencio y en la soledad, penetra en nosotros la gran voz del cosmos y parece que nos envuelve su espirálico rayo y, desde un ángulo aun desconocido, se aclara la tiniebla que está más acá de la vida y más allá de la muerte. Y desde ese momento es la naturaleza que habla y habla a través de nuestra mente.

El anciano se calló, tal vez conmovido, y yo para alentarle alcé la copa brindando:

—Bebo, noble caballero, por el cofre privilegiado de su mente donde las joyas más preciosas son las ideas. ¡Qué usted nos ilumine con la voz de la naturaleza!

—Oh, no creáis—me contestó envanecido—que la naturaleza sea un Zaratustra que quiera reformar al mundo. La idea del superhombre es una chifladura humana. Todas las doctrinas humanísticas y filosóficas tienen como modelo el hombre perfecto y esta aberración es contraria a la historia del pasado, del presente y del futuro, pues el hombre es lo que es y nunca será más de lo que es. Dejemos el espejismo a los profetas, a los demagogos, a los filósofos que como Carrell y Lecomte de Noüy, Russell y Toymbee—para citar sólo a los más recientes—cultivan aún la atrayente ilusión de una humanidad superior. ¿Qué importa a la naturaleza esta quimera humana? ¿Para qué serviría un hombre más sabio, más orgulloso y más monstruosamente perfecto? ¿Queréis conocer lo que la naturaleza piensa del hombre? Estoy aquí a contestar tres preguntas. Tres, no más. Pero tened cuidado: el conocimiento hiere y la realidad desvanece la ilusión.

Entonces para probarlo contra el enigma, le pregunté de repente:

—Si usted todo lo sabe, dígame, ¿qué es la vida?

Como por arte mágico, la luz azuleja se transformó en amarilla y la sala quedó sumergida en un tinte dorado como si sobre nosotros hubiese descendido un rayo de sol.

—¿Qué es la vida? ¿No es curioso que vos que la tenéis, nada sepáis de ella? ¡Y sois tan erudito! ¡Oh, tenemos que descorrer el velo de un misterio que no es misterio! Ahora bien, el hombre supone que lo inexplicable sea enredoso y complicado, y por esto lo busca donde no existe. Por el contrario, en la naturaleza todo es sencillo y transparente; y todo aparece evidente siempre que se abandonen los prejuicios y las supersticiones y se dejen a un lado los misterios, los milagros, las magias y todas las demás creencias que ha creado vuestra fantasía. ¡Ah, en cuestión de credulidad el hombre se ha entregado a la más burda ignorancia!

“¿Queréis saber lo que es la vida? ¿Entendéis por vida vuestra vida y la de los otros seres terrestres y creéis que es un fenómeno exclusivo de vuestro planeta? ¿Qué es un espíritu, un alma, un

cuerpo animado hecho a propósito para disfrutar de todo lo que hay de bueno y hermoso en la tierra? ¿Qué es un fenómeno esporádico y único en el universo? Desengañaos, señor X, la vida es sobre todo un fenómeno universal.

“¿No os parece aventurado creer que la vida ha venido precisamente a hospedarse en uno de los cuerpos celestes más pequeños cuando hay otros enormemente más grandes y en tan vasta cantidad que los números no son suficientes para contarlos? Si os sirve también la pobre lógica humana deberíais intuir que la vida existe en todo el universo bajo formas y aspectos distintos. ¿No creían lo mismo los sabios de antaño? ¿Hasta Platón no puso en las estrellas los dioses vivientes?

“En una piedra hay energía latente. En un organismo hay energía animada. La vida es, por lo tanto, en su primordial definición, energía animada. ¿Son la materia orgánica de vuestro cuerpo y la inorgánica del planeta distintas de la materia universal? Sabéis, sin duda, que la materia se compone de 92 elementos estables, cada uno de ellos con un átomo distinto por el número de sus electrones. Estos elementos químicos se encuentran casi en la misma proporción en todos los cuerpos celestes; lo que quiere decir que la base común es el átomo y como los átomos se combinan en moléculas homogéneas y heterogéneas rigen así para todos los astros del universo las mismas leyes químico-físicas que rigen para la Tierra. Establecida así la uniformidad de la materia-energía universal y constatada la variedad de las formas y de los aspectos de la vida, es lógico preguntarse por cuál razón se producen esas diversidades. Pues bien, la respuesta está a vuestro alcance.

“Como véis, parto del conocimiento que el hombre ha adquirido con su ciencia para concluir revelandoos lo que vuestro cientista debería haber ya descubierto si, en lugar de especializarse en una rama, las hubiese abrazado todas en una visual panorámica total.

“Ahora bien, ¿cómo viven las estrellas? Digo viven porque cada astro tiene la vida adecuada a su estado térmico. ¿No vive el

sol de vida cósmica? En efecto se mueve, irradia luz y calor mientras está consumiendo su energía; en otras palabras los astros con temperatura superior a los diez millones de grados centígrados desintegran los átomos de hidrógeno y los transforman en helio vaciando la diferencia de cuatro millones de toneladas por segundo en el espacio bajo forma de radiación. Agotado el hidrógeno, y por esto, descendida la temperatura, el astro continúa su desintegración recurriendo a la provisión de elementos más pesados que transforma a su vez en otros hasta que enfriándose a temperaturas inferiores a los 1,000° centígrados el proceso de desintegración se cambia de activo en pasivo hasta desaparecer cuando logra el cero absoluto. Este estado de inercia completa—esto es, sin luz ni calor—es aquél a que han llegado las invisibles estrellas enanas.

“Pasemos ahora a vuestro planeta. La Tierra es un cuerpo celeste que desde su primitiva temperatura incandescente—igual a la del Sol de donde proviene—ha alcanzado un grado de enfriamiento tal, que hoy se halla en estado semisólido. Si la Tierra se encontrara aislada en el espacio su temperatura alcanzaría a 200° bajo cero; pero siendo planeta tiene la suerte de contar con el Sol, astro mayor, y éste con su calor prosigue manteniéndola a la temperatura del agua, es decir, entre el punto de ebullición y el de congelación.

“Ahora, ¿qué observáis sobre la superficie terrestre? Observáis dos aspectos de la materia: la materia inerte o inorgánica tal como rocas, hierro, agua; y la materia animada u orgánica tal como plantas, peces, animales. La materia orgánica se forma de la inorgánica por medio de la planta ya que ésta se alimenta con los minerales del suelo y con la radiación solar. La materia orgánica se transmuta a su vez en inorgánica por medio del animal, pues éste, alimentándose con la planta la convierte, a través de los procesos de respiración y digestión, en energía vital y en desechos inorgánicos degenerativos. Como véis la ley de la transformación tiende al equilibrio de la energía y de la materia del universo. Hasta aquí el co-

nocimiento científico del hombre sabio. Entremos ahora en los campos inexplorados.

“¿No encontráis ninguna analogía entre la vida cósmica y la vida orgánica? Fijaos bien: ambas poseen movimiento, desarrollan fuerza, propagan calor, emiten energía electromagnética, difunden radiación y, por fin, transforman sus elementos y sustancias en otros elementos y sustancias degenerativas. Ambos tienen, pues, los mismos caracteres de la vida. El Sol con 6,000° C. en su superficie está en plena actividad nuclear; la Tierra, teniendo apenas 20° C. carece de actividad propia, pero posee una actividad refleja y orgánica en sus seres vivientes. ¿Cuál es la diferencia? ¿Es química acaso? ¿Es física? ¡No! Es térmica. ¿Por qué es térmica? Porque la transmutación de los elementos químicos depende del calor. *La vida es una combustión de la materia; por consiguiente la vida orgánica sustituye en los planetas la vida cósmica de los astros. En otras palabras, la materia inorgánica terrestre necesita de la materia orgánica para su transformación. La materia orgánica acelera con diversos ciclos la transformación de la inorgánica desarrollando esa fuerza que se llama vida. En el mismo tiempo la vida sirve de energía catalizadora en el proceso de transformación y, muriendo en el individuo, se mantiene inalterable en la especie. La vida orgánica es un fenómeno que aparece en todos los cuerpos celestes en la fase de su enfriamiento que coincide con el estado del agua líquida.*

“La vida consciente que vosotros idealizáis llamándola espíritu, alma, conciencia, mente y hasta razón no es sino una fracción infinitesimal de la energía total del universo. He aquí—de acuerdo con el concepto teológico—pero opuesto como interpretación—el por qué el hombre en su materia y en su energía es inmortal. También vosotros habéis descubierto que la materia y la energía no se crean ni se destruyen sino que se transforman. El universo, o sea la naturaleza, no es una máquina como creen los cartesianos, sino un organismo por el motivo tan evidente que la máquina es un producto humano perecedero, mientras el organismo es un producto de

la naturaleza que se perpetúa transformándose. Por lo tanto como organismo viviente el universo tiene en su materia el cuerpo, en su energía la conciencia, en su transformación la finalidad. Y ahora decídme, señor X, ¿creéis que este “enigma” de la vida fuese tan simple y racional?

—Es sorprendente lo que usted, me revela—repliqué—y, sin embargo, tan sencillo cuanto difícil sería el descubrirlo. Pero no me refiero tanto a la vida vegetativa cuanto a la vida mental del hombre con la cual, gracias a su inteligencia, hasta ha logrado dominar la naturaleza. Y, ahora, permítame preguntarle: ¿qué es el hombre para la naturaleza? ¿Cómo y por qué ha podido concentrar en su cerebro tanta luz hasta llamarse “el milagro de la creación?”

Fué en ese instante cuando el resplandor brillante que el aire teñía de amarillo se cambió en una transparencia rosada como si la primavera en flor hubiese entrado en la gran sala; y el anciano después de haber observado fijamente las cepas ardientes se irguió ante mí y dijo riéndose:

—Es lo que de vos aguardaba, ¡oh, hijo de la ilusión! Los espiritualistas para explicar la mente consciente recurren al milagro; los materialistas la explican con el hilozoísmo, es decir, como una secreción de la materia viviente. Vuestra ciencia biológica, más cuerda, renuncia a formular siquiera una hipótesis sobre el origen y la índole de ella. Pero yo, en verdad, os digo que la naturaleza es tan simple que se puede explicar tanto con cinco como veinte sentidos, en la debida proporción por supuesto; y podréis tener noticia de ella dentro de los límites de vuestra mentalidad. El origen y la existencia del cerebro y, por lo tanto, de la mente, no procede de un poder sobrenatural y tampoco del milagro, procede de un imperativo categórico de la naturaleza, y ahora veréis cómo.

“¿Quién exalta la mente? La mente misma. ¿Cómo queréis que la mente no se alabe a sí misma? ¿Cómo no va a tener de sí un altísimo concepto? ¿No denomina hasta el hombre más tonto *Homo Sapiens*? La mente hipnotiza al cuerpo, señor X. ¿No dijo

Aristóteles que el hombre es un animal sociable y racional? Pues bien, nada absolutamente nada de eso, y os lo pruebo.

“La mente es el cerebro en acción como sede central del sistema nervioso. ¿Sólo el hombre tiene cerebro? No; también otros animales lo tienen. ¿Para qué sirve? El cerebro sirve a los seres que se trasladan de un lugar a otro. Las plantas que están inmóviles en la tierra no necesitan cerebro porque tienen el poder de transformar los elementos del suelo donde se fijan. Las plantas que se mueven son los animales. Los animales que andan en busca de alimento, afrontando los obstáculos del medio ambiente y la lucha con otros animales, deben tener un órgano que los guíe y los preserve. Por eso el encéfalo se desarrolla en los vertebrados y, sobre todo, en los mamíferos por ser éstos de mayor mole, ser más activos y estar expuestos al peligro, siempre obligados a la caza de un alimento proteínico más abundante y variado. La necesidad de un cerebro en los mamíferos está en razón inversa con los medios de protección y de apresamiento que poseen y que los asisten en la lucha por la vida, y éstos medios son las armas naturales de ataque y de defensa, la mole del cuerpo, la velocidad, la dureza de la piel, la fecundidad y también el medio en que actúan. Por lo tanto, el cerebro no es muy necesario a los felinos dotados de colmillos y de garras; a las tortugas por su coraza defensiva; a los elefantes por su envergadura; a los peces por su fecundidad; a los caballos por su agilidad; a los pájaros por el medio en que viven. Cada ser viviente ha recibido de la naturaleza una arma protectora especial, excepto el hombre, y ya veremos sus consecuencias. El cerebro es, por lo tanto, la central de mando del cuerpo cuya tarea es la protección del individuo en sus relaciones con el mundo exterior; es el guía vigilante de un organismo que debe moverse, vivir y perpetuarse en un mundo hostil; y por esta tarea esencial a la vida, la naturaleza a su vez lo protege, más que cualquier otro órgano, en una maciza caja craneana.

“Respecto a las facultades mentales, esa disposición cerebral que llamáis con el nombre de espíritu como si fuera una facultad supersensible, también ellas son explicables. El cerebro alcanza la su-

perficie del cuerpo por medio de los sentidos fuera de los cuales no tiene otro contacto físico, pero sí una continuidad inmaterial que es enlace a distancia: así si observamos una estrella establecemos un enlace cósmico entre el ojo y el astro; si observamos una manzana en el árbol establecemos un enlace visivo entre el ojo y el fruto. Pues bien, estas conjunciones inmateriales deben tener un órgano predisposto a ellas que, además de la sustancia física, tenga facultades extra-físicas para observar, medir, valorizar, juzgar y, por fin, superar los obstáculos y prevenir los peligros del mundo exterior: peligros tan variados y sorprendivos que el instinto ciego evita pero no afronta.

“Esta clara visión del mundo exterior es la facultad mental que llamáis *conciencia*, facultad que origina de la central cerebral donde se reciben y se asocian, a los conocimientos mnemónicos, y luego se coordinan y se enfocan, los mensajes que los sentidos transmiten. En los animales superiores existe una conciencia natural, actuante casi exclusivamente sobre las necesidades fisiológicas, conciencia que vos trocáis por instinto. En el hombre existe una conciencia anormal tan nítida y exuberante que, substrayéndose de la natural, se puede emotivamente excitar y transmutar así temporalmente su energía vital en actividades sexuales, intelectuales y afectivas. Por consiguiente de un estado animal vegetativo puede pasar al pasional y al cerebral, ya sea erótico o místico, ya sea espiritual o intelectual. De aquí se deduce que el hombre—y sólo el hombre—usa por finalidades extrañas a las funciones naturales por las cuales existe: 1.º) los órganos del sexo que, hechos para la procreación, hiperemplea para improductivas satisfacciones personales; 2.º) los órganos de los sentidos que, hechos para la protección del organismo, hiperemplea para conseguir metas abstractas y ajenas, mediante el uso de medios artificiales (instrumentos); 3.º) y, en fin, la mente transformadora que, emanante de un hipertrófico cerebro—anormal como veréis más adelante—huye de su tarea primordial para invadir campos impropios a sus actividades naturales (ciencia, filosofía, arte, literatura, religión, etc.).

“Me preguntarán: ¿Por qué el hombre tiene un sistema nervioso más sensible como para presentarlo con una inteligencia muy superior a la de los demás mamíferos? Fácil es la contestación. Como último ser aparecido en la Tierra el hombre no pudo incorporarse al engranaje de la naturaleza sino con atraso en comparación a los otros seres ya existentes desde lejanas eras geológicas. Originario de las zonas tropicales, de un continente desaparecido, donde no existían grandes carnívoros, el hombre se salvó pasando a los viejos continentes poblados por espesas junglas y bestias feroces. Precisamente porque fué el último en llegar resultó ser, entre los animales, el más débil, esto es, con una constitución delicada, tardo en sus movimientos, recubierto de una piel rasa inadecuada a las inclemencias del tiempo, privado de todo medio natural de ataque y defensa, disminuído en su prole que por largos años permanece inerte e impotente, perjudicado en la procreación por ser su mujer unípara. A estas deficiencias congénitas el prehombré tenía que contraponer algo para compensar su inferioridad; y este algo fué un poder sexual constante y más viril que le permitió procrear sin limitación, en cualquier época del año. De aquí su sistema nervioso más perfectible. ¿Cómo lo desarrolló? Vuestro lejano progenitor tuvo que resignarse, para sobrevivir, a vegetar durante miles y miles de años en una existencia arbórea, fuera de la opulenta pero mortífera jungla, en lo alto de los montes o en las grutas marinas donde no era fácil presa de las fieras. Viviendo bajo la amenaza de morir devorado, exasperado por el hambre y el frío, fué su compañero el TERROR, y el terror obró activándole las glándulas endocrinas y elevándole la presión de la sangre hasta llegar a sensibilizarle el sistema nervioso y, en consecuencia, a superexcitar el cerebro. Así, descendiendo del árbol en busca de un alimento más variado, empezó a caminar erecto no sólo para observar mejor el terreno insidioso, sino, en modo especial, para prevenir el asalto de las fieras, porque se había dado cuenta que con la espina dorsal vertical podía darse vuelta más rápidamente.

“Los mamíferos caminando sobre cuatro patas con la espina

dorsal horizontal y el hocico sobresaliente tienen un límite físico al desarrollo del cerebro. El prehombre superó este límite, cuando, de cuadrúmano transformándose bípedo, afrontó del único modo posible la fuerza de gravedad: el cerebro halló el medio de expandirse condensándose en lo alto de la caja craneana, motivo por el cual se redondeó. En efecto, ¿cómo crecen los organismos sino en altura? Os lo demuestra la planta que mientras más vertical es, más se eleva. Y también en arquitectura, la construcción debe respetar la perpendicular pues sería absurdo buscar la estabilidad en planos inclinados o suspendidos.

“Fué esta la época prehistórica de la hominación en la que se inicia el abandono del encéfalo animal por el cerebro humano y debe corresponder a la aparición casi repentina del *Hombre de Neanderthal* en la tercera época interglacial. La curiosidad aparejada a la necesidad lograron dotar de mejores centros asociativos a ese progenitor vuestro, el cual pudo combinar un lenguaje vocal, descubrir el fuego, armarse de piedras, modelar vajillas y reemplazar las grutas por chozas más saludables. Pero si esto bastaba para una existencia vegetativa no era suficiente para refinarlo mentalmente. Otra causa debía intervenir.

“Mientras todos los mamíferos que viven en la selva están cubiertos de pelos que los defienden del frío y, en los trópicos, de la humedad, parásitos y bruscos cambios de temperatura, el hombre, en cambio, desnudo, para escapar de la jungla insidiosa tenía que vivir en lugares abiertos donde los rayos del sol fulminaban. Por consiguiente el cráneo—única parte humana expuesta directamente al sol—se le fué cubriendo poco a poco de una espesa cabellera, pero no como protección climática, sino más bien, como defensa contra la insolación producida por la radiación solar y cósmica.

“¿Quién no sabe que una parte de los rayos cósmicos logra penetrar a través de la tropósfera y bombardear la costra terrestre? ¿Que se producen átomos radioactivos en los organismos vivientes? ¿Que algunos insectos mueren en pocos minutos expuestos a la luz del sol? ¿Que el hombre, a pesar de su cabellera, sufre la insolación

a causa de los rayos solares? ¿Que la radiación de los rayos ultravioletas (X y gama) ocasiona monstruosidades en los animales? ¿Que a Hiroshima y Nagasaki la radiación atómica transmitió la tabes degeneradora en la descendencia de las víctimas? Ahora bien, si la radiación solar o cósmica no puede afectar a los animales protegidos por su pelo, no pasó lo mismo con el hombre quien sufrió la acción penetrante en sus células cerebrales—y con ellas los genes—de tal modo que alteró, complicó, hipertrofió el cerebro hasta desviar sus facultades de la normalidad. ¿No hay, tal vez, una confirmación de este fenómeno en las células cerebrales que son las únicas células que no se reproducen?

“Y en verdad, si el cerebro de todos los animales sólo sirve para su vida vegetativa y hay uno—uno solo—que se emancipa de la vida natural para vivir una vida mental, no es ciertamente el cerebro de los animales el anormal, sino aquél que se aleja de la línea común, o sea, el cerebro del hombre. Si no razonáis de este modo, ¿podríais decirme cómo razonáis?

“Para la naturaleza—y tenedlo bien presente—para la naturaleza el cerebro humano es anormal. No obedece a ninguna ley natural. Es caprichoso. Es subjetivo. Es monstruoso. Podemos decir que es un TUMOR. No un tumor patológico de crecimiento maligno que invade, intoxica y destruye el organismo entero, sino un tumor hereditario de la especie que invade, intoxica y destruye el mundo exterior, un tumor que se desahoga secretando ese morbo en constante desarrollo que vosotros llamáis *civilización*.

Y aquí nuevamente Mr. Nature me miró fijamente lanzando su sonora risotada.

—¡Bebed!—me dijo levantando la copa—. ¡Bebed que sin duda lo necesitáis para digerir una verdad tan indigesta! ¡No hay verdad que no se crea locura la primera vez que se oye!

—¡A la salud del tumor!—exclamé probando la amarga poción de la clorofila—. No le voy a contradecir, Mr. Nature; pero si el cerebro humano es anormal debería ser inferior al de los animales ¿no es verdad? ¿No le parece que su actuación en el mundo demues-

tra precisamente lo contrario? ¿Como explica usted esta incongruencia?

—¿Queréis hacer vuestra tercera pregunta sobre el asunto?

—Claro, Mr. Nature. Sus teorías trastornan tanto mis ideas que bien vale la pena que haga uso de mi último derecho.

—¡Conforme! Pero no os lamentéis si escucháis otras cosas desagradables—replicó el anciano mientras la rosada transparencia de la sala se cambiaba en una diáfana luz plateada como si sobre todas las cosas se derramara un rayo lunar—. No debéis olvidar que la naturaleza juzga sin apelación desde su punto de vista que es exacto, objetivo y estereoscópico mientras que el humano es unilateral, subjetivo y utilitario.

“¿Os habéis fijado en los animales en estado salvaje? Pues bien, no tienen cultura ni civilización pero viven en el presente y en plena libertad guiados por un instinto premonitorio que siempre los conduce por la vía justa, sin titubeos, ya sea cuando se mueven evitando el peligro, ya sea cuando escogen el alimento evitando los venenos, ya sea cuando emigran evitando las inclemencias del tiempo y otras providencias semejantes. Esto es porque en los animales piensa la naturaleza y esto, vosotros lo llamáis *instinto*. El *instinto* es, por lo tanto, el freno providencial que la naturaleza pone a los animales, quienes, encomendándose a ella, se mantienen lejos de la locura, del suicidio, de la mayor parte de las enfermedades y gozan de la felicidad que da el placer físico de los deseos fisiológicos satisfechos.

“El cerebro humano, en cambio, ha declarado al hombre enemigo de la naturaleza, de modo que ésta sólo lo protege en casos extremos, sobre todo contra su misma voluntad cuando ésta tiende a destruirlo. ¿Queréis una prueba? Si el hombre pudiera disponer de su tiempo libremente para alcanzar sus fines, saltaría los intervalos y llegaría al término de su vida en muy breve tiempo. ¿Cómo lo protege la naturaleza? Lo protege proporcionándole el tiempo de tal manera que le permite vivir toda entera su vida, ni un minuto más ni un minuto menos.

“Entre el instinto y la razón se abre un abismo. A la mente humana le faltan las directivas seguras del instinto y para hallarlas debe pensar, probar, recordar, confrontar y razonar quedando todavía titubeante sobre el camino que debe seguir, con el resultado que muy a menudo escoge la vía errónea en lugar de la justa. El hombre no tiene el don espontáneo del recto juicio y para conseguirlo debe estudiar durante largos años en la escuela, aprender de los padres y de la experiencia. Peor aún, el hombre tiene en su cerebro un órgano que vacila entre el bien y el mal, bien y mal que para la naturaleza significan circunstancias en favor o en contra de la preservación del individuo y de la especie, y su coordinación mental está hecha en tal forma que puede encontrar razones para sostener una causa falsa y, a menudo, aun distinguiendo el bien opta por el mal y llega a convencerse que está en lo justo. ¿Si vuestras leyes están escritas no es, tal vez, porque el sentido de la justicia es dúplice, subjetivo y contradictorio?

“El cerebro humano arrastra el cuerpo a morbosas aventuras sufriendo por esto numerosas enfermedades, sobre todo psíquicas y venéreas; conoce la locura, el suicidio y para él la felicidad ha llegado a ser una mera palabra. El cerebro pensante llega por cálculo, crueldad y venganza hasta al homicidio de su propio hermano, muy diferente en esto de las fieras que sólo matan animales de otra especie pero impulsados por el hambre que es ley de supervivencia. Para abreviar, en fin, os diré que el hombre aunque haya alcanzado un grado tal de cultura como para proporcionarle una civilización, en cordura, en moral, en virtudes no se ha modificado, sin embargo, desde el tiempo del Neanderthal. ¿No os lo prueba lo crónica criminal de cada día?

“En qué laberinto os habéis metido, señor X! ¡Tendría que hablar por un mes entero! El cerebro se hace más anormal mientras más se aleja de la naturaleza y su anormalidad está en razón directa con el refinamiento de las facultades mentales. El genio es psicópata; es estéril; es el último producto, en general, de una familia degenerada. Genios locos fueron Tasso, Rousseau, Pascal, Mau-

passant, Poe, Schopenhauer, Comte, Nietzsche, Baudelaire. Psiquicamente anormales fueron Leonardo da Vinci, Francisco Bacon, Chateaubriand, Wagner, Oscar Wilde. Casi siempre las mentes geniales se asocian a los cuerpos enfermizos. En efecto ¿quién no sabe que la inteligencia prefiere a los tuberculosos, los diabéticos, los homosexuales, los alcohólicos? ¿Por qué los grandes pensadores han tenido que meditar aguijoneados por sufrimientos físicos y morales? ¿Que decir de Descartes, Spinoza, Kant, Voltaire, Leopardi, Pascal, Schopenhauer, Beethoven, Dostoiowski, Heine, Darwin, Spencer, Nietzsche, James, Bergson y tantos otros? El hombre sano y equilibrado tiene una inteligencia suficiente para sus necesidades. Su lógica es el buen sentido. La mujer, justamente porque está más próxima a la naturaleza, debido a su maternidad, es un ser más instintivo y por esto más equilibrado, más perfecto y más resistente a las vicisitudes de la vida. ¿Cómo podéis negar que el cerebro no sea anormal?

“Os lo confirma una gran verdad, ignorada todavía por vosotros, precisamente por ser de una cristalina sencillez: *el cerebro pensante está hecho para el hombre y no para la humanidad, lo que significa, en otras palabras, que es benigno para el individuo y maligno para la sociedad.* Esta verdad es radicalmente opuesta a vuestro juicio. El hombre no es sociable sino un animal gregario por instinto, por interés, por necesidad. Su cerebro, que posee congénita una prevención antisocial, lo hace *a priori* enemigo de sus semejantes al mismo tiempo que, por reacción, se vuelve esencialmente protector del propio ser. Todo lo que se refiere a su cuerpo tiene una preferencia absoluta. Tal aptitud tutelar se traduce en subjetivismo en el pensamiento, en egocentrismo en filosofía, en egoísmo en la acción. El egoísmo es una prenda natural innata en el ser; y es absurdo que vosotros lo consideréis un estigma. En efecto, el egoísmo es el centro de gravedad del individuo. Si la vida no girase alrededor de este eje el hombre no podría existir.

“Para la naturaleza el egoísmo es un arma de defensa impues-

ta por la ley de supervivencia. El cerebro se preocupa ante todo del propio yo y una vez satisfechos los imperativos fisiológicos puede llegar a ser generoso—generosidad interesada por supuesto—con los demás. Predicar contra el egoísmo es grande y noble pero inhumano y estéril. Las guerras recientes han demostrado que el egoísmo es la ley máxima. El yo egoístico del individuo incluye generalmente a la propia familia y tal vez al grupo de los que de él dependen. Esta especie de altruísmo no llega más allá, y la responsabilidad personal va desapareciendo con la mayor distancia que se interpone entre el individuo y sus semejantes, alcanzando por último tal grado con los desconocidos que hasta se experimenta repulsión y desprecio, sobre todo si son extranjeros y de otro credo.

“¿Queréis, señor X, un ejemplo de la actitud hostil del cerebro hacia la sociedad? Respondedme: ¿ha encontrado el hombre una forma de gobierno adecuada y estable? ¡No! La historia nos demuestra que en todas las épocas y en todos los países, la humanidad ha probado todas las formas—autocráticas, democráticas, proletarias, colectivistas—sin que ninguna de ellas haya resistido la prueba. Todas han fracasado. Los gobiernos más duraderos no se han debido a la política del hombre sino a las condiciones prósperas de la nación, de modo que cuando estas condiciones desaparecen caen también los gobiernos. ¿Por qué? Justamente porque el cerebro humano es enemigo de la sociedad. De aquí la utopía, entre otras, de la doctrina comunista.

“Si reunimos el dinero de cien hombres tendremos un total equivalente a la suma del aporte de cada uno de ellos; si reunimos sus fuerzas musculares obtendremos un esfuerzo igual a la fuerza de los cien hombres; pero si unimos los cien cerebros ¿obtendremos una sabiduría centuplicada? ¡No! El poder mental no es una cantidad adiccionable. Dos más dos no dan cuatro. ¿Ha habido, acaso, obras maestras cuya creación se deba a dos o más cerebros? ¡Nunca! Volviendo al gobierno, ¿qué obtendremos de la unión de cien cerebros? Obtendremos, en teoría, un cerebro equivalente al promedio de los cientos, pero prácticamente obtendremos el cere-

bro que descuelle por su audacia, por su agresividad, por su ambición, pero con un grado de responsabilidad cien veces menor porque la responsabilidad estando repartida entre cientos, sólo será sentida en mínima parte por el cerebro dominante. Tendremos así una voluntad directora no frenada por una adecuada responsabilidad. De aquí la ligereza con que un jefe de Estado lanza una nación en guerra.

“La sociedad debe, por lo tanto, recurrir forzosamente a la unidad del mando, o sea, debe depender de un jefe ya que la colaboración cabal de dos o más cerebros es imposible. En política se han debido escoger las complicadas formas democráticas de la representación popular para resolver el problema, pero si son formas ideales en teoría, en la práctica fracasan. Los gobiernos representativos son dictaduras larvadas que tienden a la dictadura efectiva. Un cerebro es tanto menos adecuado para gobernar cuanto más aumenta la población del territorio nacional. Todas las formas de gobierno serían buenas si el cerebro humano no fuera anormal sino simplemente instintivo.

“¿Hay un remedio para este estado de cosas? No lo hay. Habría remedio si en lugar del cerebro pensante hubiese un cerebro mecánico como los de las abejas y de las hormigas. Sin embargo, por cuanto deficientes las formas de gobierno, son las más eficientes posible. La sociedad va ella misma hacia su mejor forma. Son los contrastes, las rivalidades, los conflictos entre los partidos, no la voluntad de ellos, que arreglan las cosas. Los extremos tienden al medio. Las panaceas de los demagogos—desde Platón con su *República* hasta Bacon con su *Nueva Atlántida*, desde la *Utopía* de Tomás Moro hasta el *Kapital* de Carlos Marx—son las pruebas evidentes de la ilusión en que vive el cerebro, quien tiene la obsesión de ofrecer para cada mal un remedio infalible, remedio que siempre falla frente a la cruda realidad.

“Un ejemplo más. Vuestra gran plaga es la guerra. Individualmente cada hombre aborrece la guerra, pero si se reúnen muchos hombres sus mentalidades se transforman y no sólo la aceptan sino

que la justifican. ¿Qué mejor ejemplo para demostrar que el cerebro es maligno para la sociedad? La mente humana siempre tiene lista una lógica para convercerse que la guerra—cada guerra—es guerra de justicia social o de defensa nacional. Desde los tiempos más remotos han existido—una tras otra—naciones enemigas de la humanidad que, orgullosas de sí mismas y proclamándose invencibles y de raza superior, han desafiado al mundo en nombre de una supuesta civilización. Todas las guerras estallan por una causa y esta causa no puede ser sino la misma para las dos naciones que combaten entre sí; en consecuencia, según la lógica, una de las naciones debería tener la razón y la otra la sinrazón. No hay otra alternativa. En cambio no es así. Ambas se creen de la parte de la razón. ¿Cómo es posible que haya dos razones opuestas por la misma causa? ¿Os parece que sea la razón la que gobierna a los hombres? ¿Y cómo podéis llamar normal y hasta racional el dictador que lleváis en vuestra cabeza?

“Observad la política internacional. Las naciones no tienen carácter ni tampoco coherencia. Son cínicas, celosas, vengadoras. ¡No habéis reparado en el espectáculo que ofrecen los Congresos? Esos delegados austeros y de grandes gafas, ¿no parecen niños caprichosos? ¿Y sabéis qué quimera persiguen? ¡Nada menos que abolir la guerra! Abolir la guerra es otra utopía: la guerra es el más eficaz proceso de transformación de la materia en que luchan y vence el futuro contra el pasado. Sin embargo si el hombre logra abolirla no será por sus esfuerzos mentales, sino por su pasión, la misma pasión que lo armó—aún hombre salvaje—de clava para declarar la guerra a las despiadadas fieras—y esa misma pasión que mañana lo desarmará, será otra vez el TERROR—el loco terror de ser exterminado por sus propias armas”.

Y aquí el anciano no pudo retener su risa burlona cuyos ecos recorrieron la sala.

—Las seis no tardarán en sonar—continuó—y yo debo dejáros, señor X. Así que pocas palabras más bastarán para despedirme. Mientras más penetra la ciencia en los secretos de la naturale-

za tanto más el hombre se hace pequeño e insignificante. Cada invento, cada descubrimiento, va rebajando en un grado el orgullo inconmensurable del *Homo Sapiens*. La naturaleza impone su voluntad mediante leyes inflexibles, y el hombre inconscientemente se somete. Este que supone ser el Rey de la Naturaleza, que cree desafiarla impunemente, no se da cuenta que, al contrario, es un instrumento pasivo de su voluntad. Mientras destruye, más acelera el proceso de transformación de la materia. La trágica ironía de vuestras investigaciones científicas consiste en que mientras buscáis la vida encontráis la muerte, y hoy con la bomba atómica llegastéis al punto fatal de vuestro ilusorio poder...

Mr. Nature se calló y quedó inmóvil por un largo rato. La pipa en los labios se había apagado. El fuego en la chimenea se había extinguido.

—¡Alborea!—me dijo al fin en voz triste, y volviéndose me mostró las ventanas que se enmarcaban en una débil y diáfana claridad mientras en la sala agonizaba la luz plateada—. ¡Volved a vuestro piso bajo, señor X. Si queréis verme otra vez estaré aquí la última y la primera hora del año. Y ahora, idos!

Me incliné estrechándole la mano—una mano huesuda, fría, pesada como la mano de un cadáver. Cuando llegué a la puerta su voz me retuvo:

—La puerta del castillo está abierta, pero no os volváis atrás—y su voz continuó menguando de tono como si se alejara—. Y en realidad os digo que no estéis, vosotros los hombres, tan orgullosos de vuestra civilización. Es una alucinación que os hace vivir el sueño hipnótico de un ideal irrealizable. La civilización marcha en el surco aparente del Sol y progresando transforma a la humanidad. Ella es ya vuestro clima y no puede retroceder nunca más. No hay fuerza capaz de detenerla. Si muere, resucita más explosiva que antes, para seguir adelante ineluctable e inexorablemente. El cerebro la elabora, la voluntad la empuja. No hay remedio. Es fatal que la civilización avance... avance siempre. ¡He aquí la condena! ¡He aquí vuestro castigo por haber querido

desafiar a la naturaleza! Pero no temáis: cuando todo esté perdido la naturaleza llegará a salvaros, mientras tanto os protegiendo de la vida el innato optimismo y de la civilización la gran ilusión... optimismo e ilusión que reunidos entre sí os ofrecen el arma que anima y consuela: la esperanza... ¡la loca esperanza!

Su risotada se perdió en la lejanía y yo, sin devolverme, descendí la gran escalera y salí al aire libre. La campana dió las seis. Entonces, con un suspiro de alivio, miré hacia el oriente. Se deslizaba la noche por los pálidos jardines del alba. En el concierto sideral los dulces arpegios de las estrellas se cambiaban por la deslumbrante sinfonía de las luces. Poco a poco el manto respunteado de plata se retiraba al empuje de los brocados de la aurora. Mi hipnosis filosófica se disipaba frente a la inmensa realidad incumbente. Era el sol, el sol que golpeaba a las puertas del día.

En la tarde del mismo día llegué al Hotel Portillo. Recuerdo que estaba tan cansado de nervios y de músculos que en el *bar* me hundí en una cómoda butaca delante de un *chop* de cerveza helada. Gozaba experimentando el éxtasis de sentir fluir a través de la garganta el líquido vivificador, cuando un alto vocerío atrajo mi atención. Cerca del mesón había un grupo de turistas que escuchaban de boca de un montañés el relato de un accidente:

—...y el auto lo encontramos destrozado esta mañana en el fondo del barranco. Tres cadáveres arrollados en su interior: gente de Mendoza...

—¿Y cómo ocurrió?—interrumpió una señora.

—Tal vez estaban borrachos... quizás si no fueron atraídos en el barranco por el fantasma del Aconcagua. Ustedes deben haber oído de ese gringo que vaga en la noche de los Muertos...

Me levanté de repente:

—¿No ha conocido usted a un anciano que se llama Mr. Nature?—le pregunté sobrec excitado.

—¡Como no!—me contestó riéndose a carcajadas—es el mismo fantasma. Cuenta la gente que muchos años hace llegó aquí Mr. Nature desde un lejano país para conquistar la Gran Montaña. Era millonario, pero a pesar de sus millones nunca pudo llegar a la cumbre. Cada vez que subía se desencadenaba una terrible tempestad. Dicen, también, que tenía un castillo a los pies del Aconcagua. Un día le vieron subir y no volvió más. Era un anciano de noble aspecto, de ojos y de barba azules... pero loco. ¡Era loco de remate!